

**Ismail Kadaré.** *La còlera d'Aquiles*  
Dijous 16, 19.30h. Hall Proteu. Albanès i francès, amb traducció simultània

Ismail Kadare

Tirana, 2004

Traducción del albanés: Ramón Sánchez Lizarralde

## **La cólera de Aquiles**

Si nos propusiéramos divagar acerca de la parte de la literatura mundial que tiene por motivo o por tema la guerra, dicho de otro modo, que es producto de la guerra, nos encontraríamos con una verdad sorprendente. Todas las guerras que ha librado hasta hoy la humanidad, y ello para su vergüenza, ya que no han sido pocas sino alrededor de 14.500, pues todas esas guerras tomadas en conjunto no han generado tanta literatura como ha producido una sola de ellas: la guerra de Troya. No son sólo los dos poemas homéricos, sino la parte principal del teatro trágico griego lo que no puede entenderse si ella. Es una gran parte de la poesía, de la prosa, de los diálogos y la filosofía griegos y latinos. Sin hacer mención de las obras perdidas. Sin incluir centenares de obras más que se escribieron con posterioridad y que continúan escribiéndose todavía hoy en decenas de lenguas. Sin referirnos a otros miles donde sus autores se vuelven hacia esa guerra como si se empeñaran en no abandonar este mundo sin haber dicho algo acerca de ella.

Por sus dimensiones, por los ejércitos que se enfrentaron en ella, por las armas, los ataques y los contraataques, por los horrores, los

cadáveres y las matanzas, la guerra de Troya, comparada con las atrocidades militares que ha experimentado más tarde la humanidad, no es más que un juego de niños. Sin embargo es ella y sólo ella la que domina en solitario y sin rival alguno en la literatura mundial. Y por lo que parece dicho dominio será perpetuo.

¿Existe algún secreto que explique este desafío, este reinado o esta soledad, llámenlo como quieran?

Naturalmente que existe, incluso no solamente uno sino varios secretos.

Hemos leído muchos, muchísimos libros sobre Homero y los poemas homéricos, pero debemos admitir que aún no hemos logrado descifrar el enigma de ese soberano desprovisto de ojos.

Le hemos dado vueltas durante años, muchas veces nos ha parecido que encontrábamos la hendedura que nos permitía penetrar en su bruma. Hemos abierto y vuelto a abrir los diccionarios para iluminar la significación olvidada de alguna palabra. Hemos abandonado los diccionarios y hemos empuñado los picos para excavar el territorio donde tuvieron lugar los sucesos de Troya. Hemos corrido como posesos tras cada vaso o tras cada lanza rota con los que los personajes hubieran podido beber o darse golpes de muerte. Hemos hecho infinidad de esfuerzos semejantes hasta llegar a comprender que, justo en el momento en que creíamos acercarnos a la solución, precisamente entonces nos alejábamos más que nunca de ella.

¿En qué consiste entonces ese misterio?

Antes de continuar con la palabra “misterio”, debo recordar una vez más que no se trata del sentido del texto homérico, sino ante todo de explicar lo que mencionaba al comienzo: por qué entre la interminable multitud de guerras de los hombres, esta, como ninguna otra, ha atrapado como en un cepo la imaginación de la humanidad. Junto con ella ha

atrapado también su inquietud, su necesidad de emociones, de arte. En 1913, en vísperas de la carnicería de la Primera Guerra Mundial, en Asia Menor se desarrollaban con brío las excavaciones y las polémicas acerca de Troya. En 1938, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, finalizaban por fin las excavaciones para dejar paso a las polémicas. En 1958, cinco años después de la muerte de Stalin y casi los mismos años antes del asesinato de Kennedy, los problemas se encontraban en un nuevo apogeo. Hoy, tras los horrores de los Balcanes, de Ruanda, de la Nueva York del 11 de septiembre, de Afganistán y de Irak, las gentes, luego de escuchar las noticias, cuando llega la hora de la lectura o del cine, prefieren, al igual que hace dos mil años, descubrir lo que sucedía en las puertas Esceas de Troya y qué duras palabras intercambiaban Aquiles y Agamenón en aquella tienda que tan poco se parecía a la sede actual de la OTAN. De la irritación de los jefes de esta última pueden depender muchas cosas en la vida de las personas, sin embargo, a la hora de la lectura o del cine, esas mismas personas se toman más en serio el encono de Aquiles, aunque tenga que ver con una esclava, que, pongamos, el del presidente norteamericano con el asunto del terrorismo mundial.

Entonces, si es verdad que existe un misterio, ¿dónde se encuentra? Y nosotros que hemos llegado a desentrañar toda suerte de secretos planetarios, ¿por qué nos quedamos paralizados ante este?

Ordenemos algunas de las presunciones que pueden acercarnos a la verdad oculta.

La guerra de Troya, tal como nos la presenta Homero, es más que una guerra. En esta idea nos resulta fácil coincidir a todos. La guerra de Troya, en realidad, fue tanto guerra como preguerra y como postguerra. Horror, festín y diplomacia. Ritual, aventura y nostalgia. No obstante, ese carácter suyo global no basta para explicar el secreto. Otras guerras la sobrepasan con mucho en todo lo aludido.

Continuemos. La guerra de Troya fue poetizada, es decir convertida en arte, en el tiempo en que la escritura aún no había aparecido. En otras palabras, su poetización se llevó a cabo en una época en que la tiranía sojuzgadora de las letras no existía. No obstante, dicha oralidad difícilmente puede constituir una ventaja. Otras obras orales se han recordado a través de los siglos sin beneficiarse en modo alguno de ella.

Con la ausencia de la escritura se vincula en cierto modo otra ausencia: la del testimonio. Ninguna de las partes contendientes dio testimonio de la guerra de Troya. Representarse a Homero como un corresponsal de guerra es algo categóricamente rechazado por todos. El tormento derivado de la ausencia de testimonio nos recuerda la crónica de las guerras entre los hititas y los hurritas, poco anteriores a los griegos, cuando el principal problema de los ejércitos que partían con intención de enfrentarse no era la propia guerra sino encontrar al ejército enemigo en el desierto. Tal como se sospechaba, diversos ejércitos, tras no conseguir dar con el contrincante, regresaban y se inventaban una guerra no librada, y por supuesto, una victoria inexistente.

A la ausencia de testimonio está igualmente vinculada la sospecha, ya de sobra conocida, de que la guerra de Troya no se produjera nunca. Las polémicas acerca de ello prosiguen incluso hoy. La ausencia de testimonio tal vez sea una de las claves que expliquen las sorprendentes relaciones de dicha guerra con la poesía. Es, según parece, una de las ventajas por las que la poesía, y tras ella toda la civilización griega, escogió esta guerra. La ausencia de testimonio es, por tanto, una condición que permite el ensanchamiento de nuestra mente, de nuestra visión, de la carrera hacia límites que se antojan inalcanzables.

Dicho en pocas palabras, la ausencia de testimonio, al liberarnos de numerosos pactos antiguos, nos infunde arrojo y nos torna capaces de formular ciertas preguntas que de ningún modo hubiéramos hecho en otras

condiciones.

He aquí algunas de las preguntas: Si es que no quedó testimonio de la guerra de Troya, tal como reclaman nuestros cánones, ¿qué fue entonces esa guerra? ¿Una confrontación invisible, secreta, de las que tienen lugar en la conciencia? ¿Otra cosa, pongamos una reforma, una superación, una despedida de algo, enmascarada, revestida de la apariencia de la guerra? ¿Un invento, una falsa alarma? Finalmente, ¿un sueño, una pesadilla, una pesadumbre oculta de Grecia?

Incapaces de dar respuesta a tales interrogantes, nosotros hemos preferido, como solemos hacer, una disyuntiva convencional y medrosa: ¿la de si existió o no existió la guerra de Troya! En una disyuntiva, por lo general, una parte tiene razón y la otra no. Acerca de la disyuntiva mencionada he utilizado el calificativo de medrosa porque pienso que las dos partes están igualmente equivocadas. Quienes niegan Troya dan a entender que, junto con su negación, queda resuelto un problema. En cuanto a cual es ese problema que se resuelve, estoy seguro de que no están en condiciones de decirlo. La otra parte, la contraria, la que defiende la existencia de Troya, por supuesto proclama triunfalmente que el problema queda solucionado. En cuanto a cual es el problema que se soluciona, estoy seguro de que tampoco ellos lo saben.

Las dos partes olvidan que la zozobra homérica por esa guerra, dicho de otro modo, la guerra misma, no tiene necesidad de ellos. En sus esfuerzos, ambas partes, aunque recurren sin descanso a Homero, están en realidad en contra de él. Porque ambas partes operan una transferencia imperdonable, la conversión del relato de Troya del mundo de la literatura al mundo del testimonio. En otras palabras, las dos partes olvidan que dicho acontecimiento, dicha guerra, dicha zozobra, se convirtió en alimento espiritual de toda la civilización griega, no por ninguna razón militar, histórica ni política, sino por la sola razón de que fue cantada

homéricamente por un poeta o por un grupo de poetas.

Con los poemas homéricos son innecesarias tanto la frialdad escéptica de los negadores de Troya como el regocijo ingenuo de sus defensores. Detengámonos en estos segundos, los “positivos”, los magnánimos, los que pretenden consolarnos con su benevolencia sin comprender que nos ofenden. Ellos esperan nuestro agradecimiento y naturalmente se sorprenden ante nuestra ingratitud. Desconocen que con su esfuerzo no consiguen otra cosa que corroborar la existencia de una ciudad muerta. Entretanto esa ciudad, merced a la poesía, permanece viva entre las vivas, al lado de Nueva York, París, Tokio, Jerusalén o Roma. Hace más de un siglo que ese ejército de investigadores de buen corazón, creyendo que nos hacen un regalo, están cometiendo un sacrilegio. Dicho sacrilegio puede denominarse así: secuestro, usurpación de Homero. Prácticamente el noventa por ciento de los libros escritos en el último siglo sobre los poemas homéricos no tienen nada que ver con la creación poética. Antes y después de Schliemann, de Dörpfeld, otros investigadores como von Hahn, Meyer, Blegen, Schuchhard y demás, se han situado al frente de una partida interminable que ha llevado a cabo una verdadera invasión, en otras palabras una violación de la poesía antigua. Por si no bastaran los historiadores y los arqueólogos, todo un batallón sin fin viene tras ellos: filólogos, geólogos, etnólogos, meteorólogos, sismólogos, grafólogos, numismáticos, *asirio-babilonólogos*, *brujólogos*, *megalopólogos*, antropólogos, folcloristas, ceramistas, urbanistas, moralistas, hititistas, geógrafos, *iconógrafos*, cartógrafos, topógrafos, etcétera, etcétera.

Todo este batallón, enarbolando restos de piedras, arcillas y armas oxidadas, han cortado, han borrado el camino que conduce hacia Homero. La versión homérica del drama de Troya, antes que la descripción de una guerra y de una posguerra, es otra cosa. Es la turbación que provoca la

matanza, lo que en algunas lenguas se llama “ presa de la sangre”. Es la historia de un arrepentimiento, el más grande arrepentimiento que ha conocido hasta hoy nuestro planeta. Es el cepo primero, y por desgracia el último hasta el presente, en que quedó atrapada la conciencia griega y junto con ella la de toda nuestra civilización. Todas las guerras que en conjunto ha librado la raza humana no han dado lugar ni a la mitad de ese arrepentimiento.

Desde este punto de vista, la guerra de Troya, su versión homérica, es no solamente una guerra distinta, sino que es una guerra irrepetible hasta el momento, una guerra que tiene vínculos con el futuro. Dicho en pocas palabras, es la guerra más nueva de la humanidad. Para referir con un ejemplo sencillo esta superioridad suya, basta con que recordemos que, sólo algunos años después del Holocausto, el arrepentimiento era tan insuficiente que el odio que lo engendró experimentó un renacimiento y aún está presente en nuestro tiempo.

No tengo ninguna inclinación a idealizar la antigüedad griega, y mucho menos a situarla en relaciones favorables de comparación con nuestra época. Ninguno de nosotros puede ser tan ingenuo como para, tras la cara deslumbrante de los inicios de nuestra civilización, no distinguir sus máculas, y en primer lugar la mácula colosal: la aceptación unánime de la esclavitud. Debe decirse por otra parte que hace tiempo que se observa cierta simetría sorprendente entre dos épocas distantes: la antigua y la moderna. En ocasiones, parece que debido a un equilibrio misterioso, un equilibrio que sólo una visión de la historia desde lo alto puede discernir, se establece cierto paralelismo, siquiera sea vago, entre las dos épocas. Observando las bondades y los males de ambas, se nos torna en extremo arduo establecer cual de las dos sale victoriosa en esa competición. Nosotros nos sentimos orgullosos hoy de los derechos humanos, ahí donde la antigüedad aparece impregnada de fango, pero la

balanza comienza a estremecerse de manera inmediata cuando se trata del arrepentimiento posterior al crimen. Ahí los manchados somos nosotros, y los triunfadores, ellos. Triunfadores gracias a los poemas homéricos, como hemos visto más arriba.

Homero, nuestro padre, lo sabe todo. Una sola cosa no conoce: el odio. El odio es hoy la más grande inmundicia de nuestro planeta. Es, por desgracia, criatura del hombre, y no puede combatirse más que por medios humanos. En la lucha contra el odio, máquinas como los poemas homéricos son insustituibles. De ahí que la deformación, la destrucción de estas máquinas, resultaría fatal para la humanidad. En el caso de la guerra de Troya, ganaríamos la topografía de la ciudad masacrada, pero perderíamos su espíritu. Expresado de otro modo, entregaríamos ese espíritu a cambio de una momia.

El genio humano del tiempo, Dante Alighieri, como si presintiera el peligro del ataque de los arqueólogos y los geógrafos, proporcionó un territorio a su poema, la *Divina Comedia*, inalcanzable para ellos: el infierno, el purgatorio y el cielo.

No soy en absoluto partidario de la indagación aséptica de la poesía, del temor antojadizo a los hechos, a las circunstancias, incluso a las curiosidades. Como todo lector normal, cuando leo la *Ilíada*, siento deseos de tener acceso a toda suerte de comentarios históricos que expliquen, completen, incluso contradigan la visión poética.

Es una satisfacción saber, por ejemplo, que la confrontación de los héroes montados en carros de guerra fue una fantasía poética, y que en realidad dichos carros no eran más que medios de transporte, unos taxis, por así decirlo, que conducían a los combatientes distinguidos hasta la primera línea, al igual que llevan hoy a los actores famosos al plató cinematográfico.

Y así sucede con el resto de las obras maestras. Si por medio de los



comentarios históricos llegamos a saber, por ejemplo, que el cadáver del rey Duncan, a quien dio muerte Macbeth, no fue encontrado por la mañana en el dormitorio sino a dos millas de distancia, en el lecho de un canal lleno de fango, ello nos induce a reflexionar sobre los secretos de la creación. La mente nos dice que tal vez Shakespeare no habría alterado este hecho estremecedor en caso de que su Macbeth no hubiera sido un drama sino poesía o novela.

Para retornar a la *Ilíada*, sentimos curiosidad por conocer el perímetro de Troya, pero no por causa de la topografía sino porque se nos proporciona así una oportunidad de darle vueltas a cómo pudo ser en realidad y cómo fue recreado por la poesía el duelo más famoso de la literatura antigua, el que enfrenta a Aquiles y Héctor.

Llevamos más de dos mil quinientos años creyendo en la lectura superficial de esta descripción. Incapaces de poner en duda la huida del aterrado Héctor ante Aquiles, nos hemos precipitado a acudir a los instrumentos de medida para averiguar el perímetro de Troya, como si ese perímetro pudiera proporcionarnos el cansancio, el resuello o quién sabe qué más de los dos contendientes. Mientras hacemos resonar las herramientas de medición, ni por un instante nos hemos preguntado: ¿cómo es posible que el primer héroe de los troyanos eche a correr como un conejo delante de Aquiles? ¿Cómo es posible que después de eso continúe siendo honrado como el primer héroe de Troya? Finalmente, ¿cómo es posible que Homero, tan atento a las hazañas, las jactancias, las vanaglorias y las vergüenzas de los héroes, ni por un instante considere un baldón, un incidente al menos, la retirada de Héctor?

Paralizados por el colosal aparato que acompaña al texto de Homero, leemos y releemos el duelo famoso sin reparar en que hay algo que no funciona en esa historia. Pero el aparato accesorio, ese aparato repleto de instrumentos, arados primitivos, placas de arcilla, canales de

riego, monedas, fragmentos de tela, etcétera, no sólo no nos ayuda a obtener una visión poética del texto sino que empobrece desesperadamente nuestra mirada hasta ofuscarla por completo.

Así, medio ciegos, pasamos sobre las líneas en las que tal vez se esconde la verdad. Entre el texto considerablemente largo del duelo aparecen las palabras: “como en sueños se perseguían”, donde según parece se encuentra la clave del enigma.

De acuerdo con esta iluminación poética, el cuadro se presenta del revés: en verdad tiene lugar un enfrentamiento a vida o muerte entre Aquiles y Héctor, pero no hay huida de Héctor en torno a los muros de Troya. Y mucho menos una segunda carrera, que sería doblemente denigrante. Y todavía menos una tercera, que significaría la muerte moral del líder de los troyanos y de la propia Troya.

Héctor es derribado con el primer golpe, eso es todo. Su carrera para salvar la vida es un ensueño y nada más. Es pura alucinación la aparición de la sombra de su hermano, Deifobo, para tenderle una nueva pica. Es producto de la pesadilla su diálogo con Aquiles, antes de la confrontación, y sobre todo su parte más inasequible, el ruego de que no le deforme el rostro, un ruego prematuro, que no se produce jamás entre los contendientes. Es nuevamente alucinación, la más triste de todas las quimeras, ese intento de buscar por segunda vez con la mirada la sombra del hermano para pedirle de nuevo una pica, y el hecho de que el otro no aparezca.

Todo eso que nos parece que sucede ante los muros de Troya y los ojos de miles de testigos, sucede en realidad en la mente de él, que va siendo ofuscada por la muerte. Ante los ojos de los presentes sucede tan sólo el arrastramiento despiadado del muerto.

Regresando a la sorprendente versión del duelo, tal como hace dos mil años que leemos, dos preguntas resultan imposibles de contestar a este

propósito.

La primera: ¿cómo puede ser que Homero haya hecho algo así?  
¿Para denigrar a Héctor porque es troyano, por tanto vencido, y Homero es del país de Aquiles, por tanto del bando de los vencedores?

Todos sabemos que tal cosa está descartada. Homero es imparcial. El más imparcial de todos los poetas. Su imparcialidad no puede ser aparente ya que no se pone de manifiesto en una obra donde se describa un conflicto de manera indirecta. Se evidencia en una epopeya en la que ambos bandos se enfrentan de forma directa, en la que atacan, retroceden, hieren, son golpeados, esquivan, engañan, gritan, ensangrientan y gimen frente a frente, a la vista los unos de los otros.

Algunos estudiosos se han apresurado a entresacar de aquí y de allá algún verso o epíteto para evidenciar la supuesta parcialidad del poeta en favor de los griegos. No es sólo que ello resulte increíble, sino que en la balanza general nuestra simpatía y sobre todo nuestro dolor se inclinan de manera clara en favor de los vencidos.

El dolor por Troya pasó de los poemas de Homero a la tragedia griega e inmediatamente después al arte griego. Cuando comenzó la guerra, uno de los objetivos, uno de los sueños de la victoria griega era el saqueo de los tesoros de Troya. Estos fueron en efecto saqueados, y así, medio chorreando sangre, fueron cargados en los navíos para enriquecer a Grecia. Grecia se enriqueció en verdad. Pero no con los tesoros pillados. Tal como se dijo al principio de este ensayo, se enriqueció con el arrepentimiento por Troya.

Regresemos al duelo Aquiles-Héctor. El interrogante ¿qué le sucedió de pronto a Homero?, continúa produciendo inquietud. ¿Un olvido en el texto? ¿Una pérdida posterior durante la transmisión oral de un rapsoda a otro? ¿Un traslado de las palabras “como en sueños se perseguían” del comienzo del episodio, donde debería encontrarse su lugar

natural, hacia la mitad de él?

Tras la pregunta ¿qué le sucedió a Homero?, aparece la siguiente, todavía más inquietante: ¿qué nos ha sucedido a nosotros? ¿Cómo hemos podido aceptar durante tan largo tiempo este duelo desconcertante?

Resulta difícil dar una respuesta. Antes de culpar a nuestra confusión histórico-topográfica, tal vez podríamos consolarnos diciendo que con la poesía, y sobre todo con Homero, suceden cosas imprevisibles.

Una nueva lectura, más exactamente un retorno al arte, quizás nos ayudaría a abrimos paso entre la niebla. Aparecen ante nosotros dos poemas homéricos. No sé si a alguien se le habrá ocurrido pensar en un tercer poema. Un poema en modo alguno perdido, sino ausente. Un poema intermediario, en el cual deberían encontrarse visiones, sucesos, sueños y vigiliassucedidos entre la *Ilíada* y la *Odisea*.

En este poema inexistente podría encontrarse tal vez lo sucedido en la preguerra y sobre todo en la posguerra troyana. La caída y el espanto de Ilión deberían aparecer allí por entero. Y después de ello el regreso triste, como en un mal sueño, de los vencedores. La “presa de la sangre”, la maldición que caía ora sobre uno ora sobre otro, y por fin el principio del arrepentimiento. Allí reencontraríamos con seguridad a la hermosa Helena, pero no con veintitantos años, espumeante de pasión, sino con treinta y tantos, ahora una mujer pecadora, amante y viuda a un tiempo, y finalmente, al borde de los cuarenta, tal como aparece en la *Odisea*, cuando, de regreso junto al primer marido, se ha convertido en moralista ¡y condena toda aventura de mujer!

Este tercer poema no fue escrito por Homero ni por los homéridas. No fue obstaculizado por cosa alguna, fue sencillamente considerado innecesario. Lo declaró así una orden, que para muchos puede parecer absurda pero no para nosotros, la gente del arte. Es la orden suprema: ¡el tercer poema no tenía sitio en este mundo!

Siempre de acuerdo con esta orden, el poema de este modo ausente, aunque no aparecido, aunque sin lugar en este mundo, tiene vida en la total de la poesía.

En la literatura mundial son numerosos los ejemplos en que, entre dos capítulos, actos, dípticos o trilogías, hay un texto ausente. A nosotros esto nos parece natural, pero pocas veces se nos ocurre pensar que así es como ha nacido la gran literatura: una obra tangible y otra intangible. Una sombra complementaria, una suerte de espíritu o de sueño que la acompaña.

En este poema inexistente cabe en lo posible que encontremos respuestas a muchos enigmas. Quizás podamos también hallar allí algo acerca del sorprendente duelo Aquiles-Héctor. La *Ilíada*, merced a una simetría de las que nos resulta fácil calificar como divinas, se abre con el nombre del primero y se cierra con el nombre del segundo. La carrera de Héctor, que tal como se dijo más arriba debió de suceder no en la vida, sino en la conciencia, o más exactamente en el inconsciente de Héctor, testimonia que éste, al igual que todos los demás, incluyendo también a los héroes, conoce el miedo. Por otra parte, según los retazos de la bruma de la cual han salido los poemas homéricos, nosotros sabemos que Aquiles, este superhéroe, este supersoldado, ha conocido asimismo un instante nada digno en su vida. Cuando se emite el llamamiento contra Troya y se abren los centros de reclutamiento, Aquiles, vestido de mujer, ¡se ocultó entre las jóvenes sirvientas para eludir la misión! Muchas cosas encontraríamos en el tercer poema, podríamos llamarlo la “Ausenciada”. Y entre otras encontraríamos tal vez la completa explicación de por qué los dos gloriosos combatientes, Aquiles y Héctor, son a un tiempo combatientes y desertores de guerra, héroes y antihéroes.

Para concluir estas notas, permítanme regresar al primer verso, o mejor dicho, a la primera palabra del doble poema homérico. Se trata de la

palabra “*meni*”, que en griego antiguo significa “manía”. “¡La manía canta, oh musa!” ¿Debemos tomar por una señal de advertencia, por un mal augurio, el hecho de que la primera palabra con la que da comienzo la literatura europea sea precisamente esta?

Hace un siglo, un ensayista albanés de nombre Faik Konica escribió un ensayo provocador y desafiante en el que de manera categórica proclamaba que desde hace más de dos mil años el primer verso de la *Ilíada*, “Canta o musa la cólera de Aquiles Peleida”, se ha traducido y continúa traduciéndose de forma radicalmente incorrecta en casi todas la lenguas del mundo.

Según él, a excepción del nombre de Aquiles, nada es exacto en este verso. Siempre de acuerdo con él, el principal error se comete con el término “*meni*”. Explica que esta palabra, que por lo común se traduce por cólera, en griego antiguo tiene un significado más hondo y complejo. La palabra “*meni*” designa un malestar hondo, prolongado, enfermizo, un estado de depresión, como se diría en el tiempo de Konica y todavía más en el nuestro. Para captar mejor esto, Konica nos recuerda el paso de ese término al latín y tras los latines a todas las lenguas europeas, en la forma tan extendida de “manía”, palabra que se encuentra en la raíz de decenas de otras, una parte de las cuales designan graves estados psíquicos.

Así pues, no de “cólera” que por lo general es pasajera, sino de “*meni*”, que no puede ser sino prolongada y abrumadora, en otras palabras en un grave estado de depresión, padece Aquiles al inicio de la *Ilíada*. Es este grave estado el que ha conducido al héroe a la decisión de abandonar el campo de batalla.

Podemos decir que, en cierta manera, desde la primera palabra de la *Ilíada* se proporciona una parte del código descifrador de esta epopeya. Comienza con una manía (*meni*), de igual modo que la propia guerra de Troya se ha iniciado en un mar de indecisiones, para acabar en un

arrepentimiento. Una guerra diferente, una guerra de nuevo tipo, que se niega, que se sobrepasa, que se da muerte a sí misma. Una victoria que no es victoria, un triunfo seguido de una maldición. Dicho en breve, una guerra y al mismo tiempo una anti-guerra.

Por continuar con la idea de Konica, es posible que la traducción errónea del comienzo de la *Ilíada*, más que una casualidad, sea un reflejo de nuestro pensamiento limitado, conformista acerca de las guerras. La sustitución de la palabra “manía” por “cólera”, se adapta como anillo al dedo a nuestros clichés sobre el odio, la propaganda belicista, la brutalidad, la victoria, la aclamación de los vencedores, etcétera, etcétera. Queramos o no queramos, nuestra humanidad, todos nosotros formamos parte del sistema de la guerra. Esta es la mayor maldición, la vergüenza absoluta de nuestro planeta. Hace siglos que hemos caído en ese foso, en ese mal sueño, no somos capaces de salir de él. Esta es al parecer la razón de que el código de la guerra de Troya, versión de Homero, su hondo mensaje, aún continúe siendo ajeno y distante para nosotros como un fantasma cuyas señales, por mucho que nos esforzamos, no somos capaces de entender.